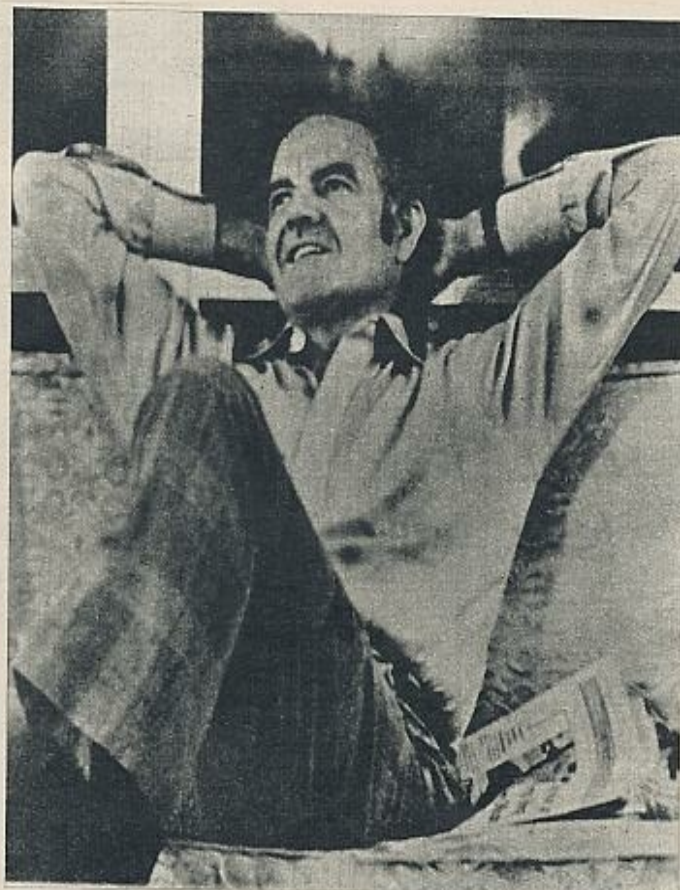


## e. haro tecglen

sonas. En los temas esenciales, el programa ha quedado así: Vietnam: Todas las tropas se retirarán de Indochina y se retirará inmediatamente toda ayuda militar a Saigón, Laos y Camboya, pero primero será preciso que los vietnamitas liberen a los prisioneros de guerra, y algunas fuerzas americanas quedarían en Tailandia, en la región y en el mar, hasta que se tuviera seguridad de que todo iba a salir bien. Armamento: Nuevos acuerdos de reducción con la Unión Soviética, pero continuación en los programas de producción de armamentos nuevos como moneda de intercambio. Europa: Reducción de las tropas en el continente, pero «en estrecha consulta con los aliados»; cese en la ayuda a los Gobiernos represivos de Grecia y de Portugal. Irlanda: «Que se escuche la voz de los Estados Unidos contra la violencia y el terror en Irlanda del Norte y contra la discriminación, represión y privación que originaron esa horrible guerra civil». Israel: Suministrar al Estado de Israel los aviones y las armas necesarias «que necesita para defenderse frente al arsenal soviético y las amenazas árabes de renovar la guerra». Estos dos últimos temas, como se ve, corresponden muy claramente a la necesidad de los votos, tan importantes, de irlandeses, católicos y judíos. Como los temas de sociedad se dirigen a los jóvenes —la edad de votar, ahora, es de dieciocho años—. La reducción del radicalismo inicial corresponde al temor de asustar al electorado medio, que gusta de aventuras moderadas y tranquilas, que quiere renovación pero sin riesgos.

**E**STA fórmula, esta dosificación, ¿será suficiente para derrotar a Nixon? La mayoría estima que no. La mayoría de los observadores, se entiende. Es decir, la misma que estimaba hace un par de meses que el candidato McGovern no tenía nada que hacer frente a los grandes políticos profesionales, como Humphrey, Muskie o Jackson. Que se equivocase aquella vez no quiere decir que se equivoque ésta. Nixon tiene en sus manos los resortes del poder, y una mayor libertad de acción: el *establishment* capitalista, el complejo industrial-militar, los grandes grupos de presión, tienen ahora tanto miedo de que McGovern llegue al poder y de que no le puedan domesticar o dominar, que deben estar dispuestos a tolerar algunas de las concesiones que Nixon ha de hacer para mantenerse. Por ejemplo, terminar la guerra de Vietnam. La cuestión está a punto. Las conversaciones de París se han reanudado el jueves pasado, continúan éste y hay como un vago optimismo. Los vietnamitas están ahora en una posición lativamente difícil: pueden jugar la carta de McGovern y esperar a noviembre para obtener mejores condiciones, o pueden creer que McGovern no tiene posibilidades, y forzar ahora a Nixon a que acabe la guerra antes de noviembre. De esta solución depende mucho el resultado de las elecciones de los Estados Unidos. Si no se ha liberado para entonces de la guerra, Nixon estaría en riesgo de perder.

**¿P**UEDE suponer McGovern la verdadera renovación de los Estados Unidos, el final de sus crisis? Es muy dudoso. Primero, es muy difícil que gane las elecciones. Luego, si las gana, es muy difícil que pueda aplicar enteramente su programa. Los grupos de poder son enormemente fuertes. Se les ha visto no retroceder ante nada, no tener escrúpulos ante nada. Sólo el miedo, repitamos, sería capaz de hacerles conceder algo. Lo que hay que medir, ahora, es si McGovern significa un miedo suficiente. Sin buscar soluciones idealistas —aunque sin rechazarlas— debemos conformarnos con algo más modesto: con la renovación de un espectáculo desprestigiado.



### LA PALOMA Y LOS CAIMANES

# DE PREDICADOR A CANDIDATO

En una capital como Washington, poblada de gigantescos edificios de mármoles y columnatas de gusto neoclásico, el cuartel general de McGovern resulta casi ridículo. Está ubicado en el barrio Sudeste de la ciudad, en una casita de un solo piso, cuya dirección exacta es: 41 First Street. Es esta una calle modesta, provincial y bien sombreada. La casa es un auténtico hormiguero, donde los teléfonos y las máquinas de escribir están en pleno funcionamiento las veinticuatro horas del día. Pues bien, los militantes «mcgovernistas», que trabajan aquí día y noche, recuerdan al público «pop» de Woodstock más que a la clase política tradicional. El «blue-jean» es la prenda habitual; la media de edad es de veinticinco años; las chicas tienen ideas largas y pelo corto, y los muchachos, rostros abiertos, bigotes espesos y pelo largo.

Aunque George McGovern ya no se viste por correspondencia en Sears

and Roebuck, sino que se hace trajes a medida, cuando se presenta en el 41 de la First Street con su gran cráneo bronceado por las reuniones al aire libre, el aspecto que ofrece no es precisamente el de un P. D. G. (presidente director general) que se acerca al pueblo y a las urnas. Esto es lo que se han venido diciendo durante meses los grandes «gurús» y *bosses* del partido demócrata. ¡Qué pretensiones las de este campesino de las grandes llanuras de Dakota del Sur, que esperaba a Santa Claus y se creía un Franklin Roosevelt; que tuvo la imprudencia de anunciar en enero de 1971 que se presentaría en julio de 1972 al nombramiento por su partido!

Así es que la gente «responsable» del partido no se tomó en serio, en un principio, a aquel loco pretencioso. Hasta que comenzó la serie ininterrumpida de triunfos en las primarias: New Hampshire, Oregon, Dakota del Sur, New Jersey,

New Mexico, California. El mar de fondo se convirtió pronto en un auténtico diluvio. Al principio, los augures dijeron que McGovern era un *one issue candidate*, es decir, un candidato de un solo tema electoral, olvidando que este tema concierne a millones y millones de americanos, y que la guerra de Vietnam, frente a la cual McGovern ha adoptado una postura clara, es un problema clave.

Cuando el diluvio McGovern comenzó a dejar sentir sus efectos, los grandes brujos de la manipulación política cambiaron de registro: McGovern había dejado de ser un candidato de un solo tema, un modesto profesor de Historia, para convertirse en un peligroso anarquista, partidario subversivo de las tres «A»: Aborto, Acido (LSD) y Amnistía (para los desertores).

Sin embargo, los «crímenes» fundamentales de McGovern eran mucho más graves que los que le reprochaba el senador Hugh Scott, inventor del «slogan» de las tres «A». En efecto, McGovern había declarado que en Vietnam, lo mismo bajo Lyndon Johnson que durante el mandato de Nixon, se habían establecido «posiciones demenciales» bajo el pretexto de «negociar desde una posición de fuerza», que había que detener la loca escalada de los gastos militares y reducir en 35.000 millones de dólares el presupuesto bélico, que el sistema fiscal americano era injusto y que era preciso reformarlo en beneficio de los menos ricos.

El día en que McGovern triunfó en las primarias de California, la Bolsa de Nueva York registró un descenso de 7 puntos 38. Una semana más tarde, uno de los más ricos hombres de negocios americanos y «gobernador» del Stock Exchange neoyorquino declaraba: «McGovern no entiende nada de economía. Está jugando al Robín de los Bosques: como aquel bandido generoso, quiere robar a los ricos para dar a los pobres».

Kellogg había financiado siempre las campañas de los demócratas, pero esta vez anunció que apoyaría a Nixon.

McGovern es un hombre de apariencia tranquila, que queda realzada por su acento pausado, su dicción lenta y flemática. Pero las dos grandes arrugas que, partiendo de la nariz, llegan a la comisura de sus labios, la sólida mandíbula que, sin embargo, en ningún momento da una impresión de dureza, su mirada atenta, son todos ellos rasgos que impiden que su rostro llegue a ofrecer un aspecto de máscara de Pierrot lunar extraviado entre saurios.

«No sacrificaré principio alguno para conseguir el nombramiento», ha asegurado McGovern en repetidas ocasiones.

Hay, sin embargo, una cosa que McGovern no tendrá jamás necesidad de desmentir: su propia historia. La de su abuelo, minero de Illinois, que se llevaba todas las mañanas a la mina al pequeño Joseph, el padre de George: el niño tenía nueve años y su abuelo no le despertaba hasta llegar a la mina para iniciar el trabajo. El padre de Geor-

ge fue jugador de béisbol profesional, primero; pastor metodista más tarde. Construyó iglesias de madera en las llanuras de Dakota, algunas de las cuales todavía siguen en pie. Su último presbiterio, situado en la pequeña localidad de Mitchell, fue repintado hace dos meses, y en uno de sus muros se colgó una gran pancarta que reza: «Aquí nació el senador George McGovern». Caso de ser elegido para la Casa Blanca, bastará sustituir la palabra «senador» por la de «Presidente».

«Traté durante un año de llegar a predicador —dijo McGovern—, pero no tenía vocación. No me sentía lo suficientemente santo como para administrar sacramentos». Por el contrario, sintió la vocación de la enseñanza. Fue profesor de Historia en la Universidad de Dakota del Sur. De ambas experiencias, McGovern conserva hermosas huellas. Tiene el senador el don didáctico y a veces un tono bíblico. Cuando habla del medio, de polución, de ecología, emplea una elocuencia de evangelista: «Opino que las riquezas naturales son un don de Dios, que en este sentido nuestro país ha sido el mayor privilegiado de la Historia de la Humanidad, que somos los guardianes de ese don divino, y que es nuestro deber sagrado no abusar de él, sino hacerlo fructificar».

Ex piloto de bombardero, con treinta y cinco misiones aéreas sobre África del Norte e Italia en su haber, durante una de las cuales aterrizó con su avión ametrallado y su compañero de vuelo muerto, McGovern habla con sencillez del miedo, que jamás le abandona; no menciona expresamente la Distinguished Cross, que le fue concedida por sus méritos de guerra, pero afirma riendo que sus horas de vuelo en combate le dan derecho a ser hoy «paloma». Uno de los jóvenes que integran su equipo le preguntó en mi presencia qué efecto le había producido el tener que bombardear objetivos civiles. «Usted querría que me contestase que me roían los remordimientos, ¿no? —le replicó McGovern—; pues bien, no es así. Me da vergüenza confesarlo hoy, pero yo me decía a mí mismo entonces que los civiles debían ocupar sus refugios, y que los alemanes eran el enemigo, y nuestra guerra, una guerra justa. No soy pacifista. Solamente pienso que nuestra guerra en Vietnam es una guerra injusta».

Pastor sin vocación que, sin embargo, ha conservado su espíritu puritano; profesor de Universidad derivado hacia la política, que no ha perdido empero su vocación pedagógica; combatiente valeroso, aunque sin un punto de presunción, McGovern piensa que la verdad da siempre los mejores resultados. Desde hace años, el senador de Dakota del Sur dice cada vez más fuerte y claro lo que piensan las minorías «no tan silenciosas» del país: los jóvenes, los granjeros, los intelectuales, los negros, los indios, los chicanos, las mujeres. Todas estas minorías unidas terminan haciendo casi una mayoría. Y es esta mayoría a la que han tratado de engañar los viejos zorros de la política. ■ CLAUDE ROY.



## EXPLETIVOS

Humpty Dumpty estaba sentado en lo alto de un delgado muro. Es una situación inquietante, sobre todo si uno es un huevo. Humpty Dumpty lo era, pero no estaba dis-

puesto a admitirlo fácilmente. Alicia (sí, Alicia, la del País de las Maravillas, que en este caso era la del País del otro lado del espejo), tuvo una difícil conversación con él. Humpty Dumpty empleaba extrañas y complejas palabras. «Cuando empleo una palabra —explicó Humpty Dumpty con un cierto desprecio—, significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos». «La cuestión está en saber —replicó Alicia— si usted puede hacer que las mismas palabras signifiquen tantas cosas diferentes». Humpty Dumpty: «La cuestión está en saber quién es el dueño, y eso es todo».

¿Quién es, aquí, el dueño de las palabras? Me temo que anden un poco sublevadas. Don Joaquín Calvo Sotelo trata de domesticarlas, los martes por la noche, sentado en el escaso filo del televisor. Se ocupaba, la última vez que le vi, de las voces expletivas: es decir, aquellas que siendo inútiles se introducen en la locución para darle intensidad. Al poner ejemplos, don Joaquín Calvo Sotelo resultó extremadamente modesto (quizá sea una característica personal). ¿Quién no reconocería como expletivas palabras como asociacionismo, democracia, triunfalismo, Mercado Común, Europa, progreso, libertad de prensa? ¡Qué prodigiosa fuerza dan a los discursos, conferencias, coloquios, intervenciones, polémicas, discusiones! Busca uno, a veces, el centro de la cuestión. No lo encuentra. Hay discursos expletivos, artículos enteramente expletivos. Hay mucho maestro en ese arte que, finalmente, es el arte por el arte.

Un sociólogo, don José Vidal Beneyto, anda también inquieto por esta cuestión de la propiedad de las palabras. Pretende meter en un ordenador las palabras del articulista que firma con el seudónimo de «Diego Ramírez» en el diario «Arriba» para que la repulsiva máquina las

compare con discursos y alocuciones de algunas personalidades políticas españolas y dé una respuesta científica al gran enigma contemporáneo —no tan popular, indudablemente,

pero tan inútil como el que plantean los nuevos jeroglíficos de las cajas de cerillas— de saber quién es «Diego Ramírez». La operación, leo en un periódico, puede costar unas ochocientas mil pesetas. Es una operación expletiva. Ochocientas mil pesetas expletivas para aclarar una personalidad expletiva autora de unos artículos expletivos, realizada por un sociólogo expletivo. A mi juicio, lo mejor que podía hacer el señor Vidal Beneyto es utilizar la computadora para que no se supiese nunca quién es «Diego Ramírez». Para embarullar el mensaje, como dicen los cibernéticos, y dejar que penetre en él de lleno la entropía: el día que se sepa científicamente quién es «Diego Ramírez», puede ocurrir que sus numerosos críticos —expletivos— reconozcan uno de los dueños de las palabras y se crean obligados a cesar en sus críticas. Como dicen los moralistas de cada verano, el cuerpo de la mujer es un dulce misterio que pierde todo su encanto cuando se desvela demasiado. El dulce misterio de «Diego Ramírez» se perdería si supiéramos a quién le han perdido el respeto. Ya no tendría gracia.

Las palabras giran y giran en este verano, un poco más cansadas ya que en la primavera, pero todavía enloquecidas por el sol. Como la cigarra, que cantaba todo el verano y no se ocupaba de almacenar. Las vemos pasar, cantando: integración parlamentarismo, europeísmo, diferenciación, convivencia, unidad, pluralidad, partidos, pasadismo, carlismo-maoísmo, Estoril, aperturismo, tiempos nuevos... Mientras, la hormiguita previsora, ordenada, disciplinada, infatigable, fascista, va almacenando su grano en el hormiguero. Las palabras cigarras comenzarán ya a sentir frío en el otoño. ¿Qué será de ellas en el invierno?

La cuestión, aquí, es saber quién es el dueño.

POZUELO